

"Muerte en el Pentagonito"

(Capítulo X: "El Clan del Besito")

ricardo
uceda

Circula ya en Lima Muerte en el Pentagonito, de Ricardo Uceda. Quienes hemos tenido el privilegio de leer el libro anticipadamente podemos dar fe de que se trata del trabajo de periodismo de investigación más importante y mejor escrito que se ha hecho en el Perú hasta ahora.*

Se trata de una historia escrita a partir del testimonio descarnado de decenas de los propios protagonistas del horror. Pese a la crudeza de los acontecimientos, no hay un juicio moral sobre los hechos; ni siquiera un tono de denuncia. Simplemente se da cuenta de lo que ocurrió y de la forma como los protagonistas —militares o senderistas— entendían lo que estaban haciendo.

Uceda ha reconstruido capítulos enteramente desconocidos de las décadas de la violencia y ha esclarecido otros que ingenuamente creíamos conocer bien. En términos de nueva información, va mucho más allá de lo que pudo avanzar la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Leerlo es indispensable, y no les será difícil.

El autor logra involucrar totalmente al lector desde las primeras páginas en una historia de vértigo creciente; una historia que, por si algo le faltara, tiene un final absolutamente inesperado. A modo de aperitivo, compartimos con nuestros lectores extractos del capítulo X, "El Clan del Besito" (CBI).



[...]

En 1978, cuando el Chito Ríos tenía veinte años y estudiaba Economía en la Universidad Garcilaso de la Vega, se hizo militante de la Juventud Aprista. Había nacido en Ferreñafe, una provincia del departamento de Lambayeque donde eran del APRA su madre y sus antepasados, aunque nunca se acercó al partido mientras vivió con ellos.

En Lima encontró en la universidad a amigos apristas con los que había estudiado en Chiclayo, y como eran su grupo natural empezó a acompañarlos, a ayudarlos, y

* Uceda, Ricardo: *Muerte en el Pentagonito. Los cementerios secretos del Ejército Peruano*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A., 2004.

después ingresó a la organización. Pero militar en Garcilaso de la Vega no era zambullirse en un debate de ideas, sino pelear violentamente contra los comunistas de Patria Roja, y él aprendió primero a defenderse y a atacar. El partido sabía de eso porque tenía un aparato armado que intervenía en las revueltas sociales y protegía al jefe y fundador, Víctor Raúl Haya de la Torre, con una Guardia Dorada dirigida por un rudo legendario, Jorge Idiáquez. La integraban los *búfalos*, por igual militantes y matones, a la vez defensores y asaltantes de sindicatos a punta de bala y cachiporra. Aquel año ellos impidieron que Patria Roja ganara las elecciones estudiantiles de Garcilaso de la Vega. Unos doscientos brigadistas, la crema y nata de la bufalería de Lima —estuvieron los de Idiáquez, los del Callao, los de la Universidad Villarreal—, quemaron las ánforas en un operativo con bombas, disparos y aporreamiento de los maoístas. Así organizaron su propia federación, que luego sería la preponderante.

En la universidad el principal aprista era Jorge Velarde, y con su liderazgo se consolidó la hegemonía estudiantil del partido entre 1980 y 1983, durante el primer tramo del gobierno de Belaunde. El *Chito* Ríos se zambulló en el movimiento y protagonizó sus peleas, siempre al lado de sus amigos de Chiclayo. También militó en el Comando Universitario Aprista (CUA), que dirigía la lucha estudiantil a escala nacional, y

donde los garcilasinos eran respetados—Velarde llegó a ser secretario nacional del CUA— porque controlaban su territorio. No era raro que les solicitaran apoyo para capturar, o recuperar, alguna base disputada con los comunistas. Ríos, como los demás, cargaba sus fierros y pirulos de un lado a otro, e incluso viajó a provincias y participó en un pleito a balazos con los maoístas del Frente Estudiantil Revolucionario en el Cusco, en plena plaza de Armas. En 1984, cuando Velarde lo presentó como una joven promesa a Agustín Mantilla, ya había *apoyado* muchas elecciones universitarias en el país y

La casa donde el candidato aprista imaginó sus planes de gobierno se convirtió en un cuartel paramilitar, donde búfalos de nuevo tipo trabajaban, comían y dormían. Desde la oficina que había sido de Alan García.

estaba a punto de graduarse. Tenía una profesión, una ideología y, sobre todo, un grupo social propio y poderoso que lo querría y velaría por él.

Hasta entonces, no parecía mejor que el resto de los brigadistas. Visto de cerca, era un flacucho que no asustaba a nadie. Tampoco exhibía dotes

de líder, pues era reservado, tartamudeaba y prefería actuar sin sobresalir. En cambio poseía perspicacia, coraje y lealtad. "Tiene la mente de un *búfalo* en el cuerpo de un mosquito", dijo de él, en una ocasión, Agustín Mantilla. No parecía un matón, y eso era lo que deseaba Mantilla, quien ya se desempeñaba como secretario privado de Alan García, el joven candidato presidencial del APRA en las elecciones de 1985. Mantilla, un gran *búfalo* emergente, quería un grupo distinto de guardaespaldas para la nueva figura del partido.

La gente de Idiáquez estaba desprestigiada y parecía una banda de rufianes. Pensó, por ello, en un equipo que tuviera experiencia en enfrentamientos pero a la vez formación universitaria. Velarde le recomendó al *Chito* Ríos: "Un brigadista valiente, arrojado". Cuando lo supo, el *Chito* aceptó la idea con entusiasmo.

[...]

La casa donde el candidato aprista imaginó sus planes de gobierno se convirtió en un cuartel paramilitar, donde *búfalos* de nuevo tipo trabajaban, comían y dormían. Desde la oficina que había sido de Alan García, Ríos iba de aquí para allá con sus apuntes y sus organigramas senderistas, sintiendo que cada día conocía mejor al enemigo. Y Mantilla también se mostraba satisfecho.

Su superior directo, el general Luque, jamás los visitaba. Para

comunicar sus órdenes, éste se citaba con Miguel Ríos en un restaurante de vidrios traslúcidos y asientos de cuero, dentro de un complejo de edificios del Banco Continental de San Isidro, a cinco minutos en auto del Ministerio del Interior. El restaurante se llamaba Vivaldi. Fue allí, con un fondo de música barroca, donde Luque le habló al Chito por primera vez de Carlos Angulo, el director del periódico senderista *El Diario*, un tipo al que la DIGIMIN seguía. Había que hacer algo con él, decidir una acción que escarmentara debidamente al terrorismo, y los muchachos de Dos de Mayo tendrían que estar preparados. La inminencia de un operativo importante entusiasmó a Ríos, quien en sus noches alcohólicas, cuando podía desinhibirse ante sus compañeros de confianza, no ocultaba sus sueños de grandeza en la lucha contra Sendero Luminoso. A sus veintiocho años, considerándose un héroe anónimo del partido, estaba dispuesto a correr todos los riesgos.

Sin embargo, Luque nunca les ordenó poner una bomba o eliminar a un senderista. Realizaban seguimientos, organizaban misiones informativas en provincias, escribían reportes, preparaban listas de implicados. Sólo cuando iban por senderistas con la Guardia Republicana, su actuación trascendía lo informativo. En estos operativos, efectuados sobre todo en el Alto Huallaga, Puno y la sierra central, donde había enfrentamientos, capturas, interrogato-



Recién bañado, Miguel Ríos Sáenz toma desayuno en la oficina que fue de Alan García durante la campaña electoral de 1985. Pertenecía a la casa en Dos de Mayo 1511, que ese año se convirtió en el cuartel general de los paramilitares (foto inédita).

rios y ejecución de detenidos, podían hacer eventualmente lo que los policías, pero eran éstos los que conducían las acciones. El Grupo Beta no mataba; o, para decirlo con mayor precisión, todavía no era un equipo de operaciones especiales. Por eso, cuando Luque llamó a Ríos para que pusiera una bomba en el auto de Carlos Angulo, las cosas dieron un viraje decisivo, y la acción se convirtió en una prueba de fuego.

[...]

En la calle mal iluminada, la noche cerrada del 2 de octubre,

treinta y cuatro días después del asesinato de Rodrigo Franco, Miguel Ríos no vio que el Volkswagen que conducía iba a meterse en un bache ancho, como una rueda de camión. De nada sirvieron los informes del seguimiento a Angulo que le proveyó la DIGIMIN, con los datos supuestamente necesarios para eliminar al director del periódico senderista —sus costumbres personales, sus horarios de ingreso y salida, la matrícula de su auto—, conocimientos que él mismo confirmó con una vigilancia de su propia gente. En el estudio no se le dio

importancia a un guardián de la cuadra donde se editaba *El Diario*, en el número 111 de la avenida El Río, en Pueblo Libre. Cuando Usquiano bajó con la bomba y se aproximó al auto de Angulo, la aparición del vigilante lo hizo desistir. Volvió al Volkswagen con el artefacto en las manos. Desde el asiento delantero, Briceño le abrió la puerta de atrás. Subió. Ríos, con el auto en marcha, vio a Usquiano por el espejo retrovisor.

Un instante antes de que se metiera en el bache, alcanzó a decirle:

—Desactiva esa huevada.

Miguel Ríos nunca perdió el conocimiento. Sintió que volaba y que caía. Una vez en tierra firme, quiso incorporarse, pero no pudo, aunque alcanzó a observar el auto incendiándose. Vio detenerse una antigua vagoneta Nissan de la que bajaron dos personas. Abrieron la portezuela posterior de la vagoneta y lo hicieron subir para llevarlo a un hospital. Allí viajó solo, sentado, y poco a poco su mente se concentró en las evidencias que cargaba encima. Comprobó que llevaba la sobaquera puesta con su revólver adentro. Además, un carné del Ministerio del Interior, una granada de bolsillo y una carta de Mantilla. Con una mano, se desabotonó la sobaquera y se la sacó. Luego hizo pedacitos la carta. Fingió un ahogo y pidió detener la camioneta un rato. Abrió la portezuela, como deseando respirar el aire de la

noche, y botó el revólver y los residuos de la carta. Los desconocidos que viajaban adelante no bajaron. Después pidió otra parada para vomitar y se deshizo de la granada. Luego se tumbó y se quedó dormido.

Despertó en la sala de emergencias del Hospital Santa Rosa, en

La inminencia de un operativo importante entusiasmó a Ríos, quien en sus noches alcohólicas, cuando podía desinhibirse ante sus compañeros de confianza, no ocultaba sus sueños de grandeza en la lucha contra Sendero Luminoso.

el distrito de Pueblo Libre. Estaba en una camilla. A su lado, en otra camilla, vio el cuerpo ensangrentado de Briceño, cubierto hasta el cuello por una manta. Buscó a Usquiano con la mirada, pero no había otro paciente en el recinto. Unas enfermeras lo atendían y decidió quedarse quieto y mudo, explotar al máximo su condición de herido. Le dolía todo el cuerpo. Una migraña iba creciendo lentamente en su cabeza, aunque en apariencia había salido ileso de la explosión. Unos hombres de la Policía ingresaron en el recinto y pensó

que era para interrogarlo, pero no le preguntaron nada. Firmaron unos papeles y lo metieron en una ambulancia. Diez minutos después ingresaba en el Hospital de Policía. Entonces supo que Mantilla no lo había abandonado. Lo llevaba a su terreno, donde manejaría todos los informes y lo pondría fuera del alcance de los periodistas. Aún no abría la boca para decir algo o preguntar. Desconocía la suerte que habían corrido Briceño y Usquiano. Lo supo al día siguiente. Estaban muertos. Él era el único sobreviviente.

En el hospital, Miguel Ríos tuvo mucho tiempo para preocuparse. Había puesto en situación delicadísima a Agustín Mantilla. Serían inocultables su filiación y su papel como guardaespaldas de Alan García en la campaña. Por otra parte, los familiares de los muertos declararían que éstos eran apistas y trabajaban para el Gobierno. El problema del Volkswagen también lucía grave: pertenecía a Calleja, el administrador de la DIGIMIN. ¡El que les daba el dinero! Ríos se creía perdido, arrastrando en su caída al brazo antiterrorista del partido. Sin embargo, el tiempo le demostró el talento de Mantilla para enfrentar situaciones de crisis. Cuando todavía el Ministerio del Interior desconocía si Ríos iba a sobrevivir, policías de confianza penetraron en la casa de Dos de Mayo y se llevaron la documentación comprometedor. Más tarde, esa noche, otros efectivos registraron a Ríos en el Hospital de Policía con un nombre falso: Edwin de la Torre

Ugarte. Así lograron que por varios días fuera inubicable para la prensa.

Mientras en los periódicos se reflejaban el escándalo y las denuncias de la oposición, cómplices en la Policía y el Ministerio Público favorecían su defensa. La DIRCOTE redactó un parte sin conclusiones y el fiscal Jorge Luis Bayetto, cuando fue a interrogarlo, una semana después de su internamiento, asumió sin objeciones la versión que Ríos ya tenía preparada: que desconocidos lanzaron un explosivo al interior del auto que conducía. Tres semanas más tarde Bayetto archivó la investigación afirmando que los ocupantes del vehículo fueron víctimas de un atentado terrorista. Al mes del fallido asesinato de Angulo, Ríos estaba libre de problemas con la justicia.

[...]

Conforme aumentaron los atentados contra los opositores al Gobierno y las artimañas del APRA en el Congreso, creció la fama del *Chito* como monstruo paramilitar. Definitivamente quemado, lo único que le quedaba era dedicarse a otros menesteres. Pero antes debía tragarse el sapo de acudir a la comisión investigadora, a la que estaba citado. Mantilla, que ya era ministro del Interior, decidió que no fuera de inmediato: se necesitaba tiempo para preparar una buena presentación con el menor costo político. No importaba que el desacato produjera una orden del Congreso a la



A sus cuarenta y cuatro años, el Ministro vivía con su madre en un chalet de dos pisos, en Pueblo Libre. Un hombre soltero, formado en la obediencia y lealtad al partido cuajadas en su niñez cuando su padre, Uldarico Mantilla, pertenecía al aparato clandestino del APRA.

Policía para que Ríos compareciera por la fuerza. El *Chito* fue declarado "no habido", una especie de prófugo del Parlamento. Pero ¿acaso la Policía iba a buscarlo y a encontrarlo? Podían esperar mientras Limo tomaba las riendas de la comisión. No había por qué preocuparse. Todo saldría de acuerdo con lo previsto.

Sin embargo, el 7 de agosto de 1989 ocurrió el Hecho Imprevisto 1: el *Chito* fue fotografiado por la revista *Oiga* en un bar de Lince, feliz entre varias botellas de cerveza. Afuera lo esperaba el auto a su servicio, un Toyota Cressida AG-8211, que resultó ser un vehículo de la Policía. La difusión de las fotos causó un escándalo y puso en un verdadero aprieto al Ministerio

del Interior. Aun así, este golpe sería insignificante comparado con el Hecho Imprevisto 2. Luque llamó a Ríos de urgencia. Pálido como nunca antes, le mostró unos papeles impresos que, según dijo, correspondían a un extenso informe que la revista *Oiga* estaba imprimiendo. Luque —Ríos no sabía cómo— se enteraba de lo que publicaban *Oiga* y *Caretas* antes de que las revistas circularan. El artículo que le pidió leer se titulaba "Confesión de un desertor del Comando Rodrigo Franco". Narraba con lujo de detalles la organización que funcionaba en la casa de la avenida Dos de Mayo: quién era quién, cómo operaban, qué ilícitos cometieron, qué papeles asumían Luque y Mantilla. En el cúmulo de datos ciertos y minuciosos,

algunas pocas falsedades importantes —por ejemplo, que Jorge Huamán Alacute mató a Febres— se infiltraban astutamente, dándole al contenido un impacto demoledor. El texto tenía la forma del testimonio anónimo de un subordinado del *Chito* Ríos. Y, sin duda, era uno de ellos. Había un traidor. Todo estaba perdido. Ríos no sabía qué decir. En esos momentos Mantilla tenía una reunión parecida con Melgar en su despacho. El *Chito* Ríos no entendía por qué los delató Exebio. El supuesto del dinero no lo explicaba todo, ni el de lealtad con la Marina, donde trabajó en Inteligencia. Tenía que haber un resentimiento personal. ¿Por qué, si lo había ayudado tanto? Eran amigos de Ferreñafe, y le ofreció trabajo cuando le dieron de baja en la Marina. Lo encontró en el local del partido unos días antes de la muerte de Usquiano, desocupado, enflaquecido, ansioso por salir de un proceso de drogadicción. Invitado por el *Chito*, se integró al Grupo Beta sin preparación porque ya venía entrenado por los marinos. Pero incurría en continuos actos de indisciplina y tuvo que despedirlo, no sin recompensa. Meses después lo encontró en Ferreñafe, resentido, con una mano atrás y otra adelante. Como no quería que siguiera descontento, lo trajo a Lima en su propio auto, con la idea de recomendarlo para un puesto en alguna empresa estatal controlada por el partido. Pero en Lima lo perdió de vista, hasta que estalló, como un

*En algún momento
cambió y se puso más
afectuoso: Mantilla
tomaba entre las manos
el rostro del visitante y
le propinaba un rápido,
directo beso en la boca.
Todos prefirieron
tomarlo como algo
extraño que había que
aceptar, una
excentricidad del jefe.*

bombazo, la evidencia de que él era el traidor.

A sus cuarenta y cuatro años, el Ministro vivía con su madre en un chalet de dos pisos, en Pueblo Libre. Un hombre soltero, formado en la obediencia y lealtad al partido cuajadas en su niñez cuando su padre, Uldarico Mantilla, pertenecía al aparato clandestino del APRA. Estos valores él los transmitía al grupo que seleccionó Miguel Ríos, y a los brigadistas que llevó al ministerio como guardaespaldas. Los domingos, después de almorzar, reunía en su casa a un círculo escogido de estos jóvenes, y les contaba historias destinadas a forjarles un espíritu de apristas clandestinos. También los hacía leer libros sobre la persecución política contra el partido: *El APRA por dentro*, de

Víctor Chanduví; *La sublevación aprista del 48*, de Víctor Villanueva. Les hablaba, y ellos escuchaban como buenos discípulos. Ríos se sentía como un hijo que acepta la protección y la docencia de un padre. Trataba de agradarlo llevándole regalos ocasionales —un libro, un casete de boleros—, y admitía de buen grado sus reprimendas ocasionales. Mantilla los recibía en su dormitorio, a veces echado en su cama, con pijama y pantuflas. Allí conversaban o veían televisión, concentrándose en películas que inspiraban, de cuando en cuando, alguna reflexión filosófica del líder. La tertulia se prolongaba hasta la noche y, para despedirlos, Mantilla se ponía de pie. Al comienzo les daba un abrazo cordial. Luego, como muchos padres a sus hijos, besaba en la mejilla al que se iba. En algún momento cambió y se puso más afectuoso: Mantilla tomaba entre las manos el rostro del visitante y le propinaba un rápido, directo beso en la boca. Todos prefirieron tomarlo como algo extraño que había que aceptar, una excentricidad del jefe. En ciertos círculos del APRA los chicos de Mantilla comenzaron a ser conocidos con un sobrenombre: "El Clan del Besito".

No hubo caricias en la reunión que Mantilla tuvo con Melgar y Ríos para tratar el caso de Exebio. Por el contrario, fue tensa, cortante.

—Al árbol malo hay que cortarlo de raíz —dijo Mantilla—. ■